Pesadillas®

La NOCHE del MUÑECO VIVIENTE

R. L. STINE

PRIMER CAPÍTULO

Editorial Hidra

—¡Mmm! ¡Mmm! ¡Mmmm!

Kris Powell intentaba llamar la atención de su hermana gemela. Lindy Powell levantó los ojos del libro que estaba leyendo para ver qué ocurría. En lugar de ver la bonita cara de su hermana, Lindy vio una pompa redonda y rosa casi tan grande como la cabeza de Kris.

—Genial —dijo Lindy sin demasiado entusiasmo. Con un movimiento rápido, le dio un golpecito a la pompa y esta explotó.

—¡Eh! —gritó Kris cuando el chicle rosa le estalló sobre las mejillas y la barbilla.

—¡Toma ya! —rio Lindy.

Kris cogió con rabia el libro de Lindy y lo cerró de golpe.

—Pues toma tú, ¡ahora ya no sabes por dónde ibas! —exclamó. Sabía que su hermana odiaba tener que buscar la página que leía.

Lindy recuperó la novela con un gruñido, mientras Kris procuraba quitarse el chicle de la cara.

—Ha sido la pompa más grande que he hecho en mi vida —dijo enfadada, porque no era capaz de arrancárselo de la barbilla.

—Pues yo las he hecho mucho más grandes —comentó Lindy con una mueca de superioridad.

—No me lo puedo creer —murmuró su madre. Entró en la habitación de las gemelas y dejó un montón de ropa limpia a los pies de la cama de Kris—. ¿Competís hasta por los chicles?

—No estábamos compitiendo —dijo Lindy. Se arregló la coleta y volvió a centrarse en la lectura.

Las dos chicas tenían el pelo rubio y liso. Lindy se lo dejaba largo, normalmente recogido en una cola de caballo; Kris, en cambio, lo llevaba bien corto.

Era la única manera de que la gente pudiera identificarlas, porque en todo lo demás eran como dos gotas de agua. Las dos tenían frentes anchas y ojos azules. Las dos tenían hoyuelos en las mejillas cuando sonreían. Las dos se ruborizaban con facilidad y en sus pálidas mejillas les salían unos círculos rosados enormes.

Las dos pensaban que tenían la nariz demasiado grande. Las dos deseaban ser un poquito más altas.

Alice, la mejor amiga de Lindy, era tres dedos más alta, y eso que aún no había cumplido los doce.

—¿Ya me lo he quitado todo? —preguntó Kris mientras se frotaba la barbilla, roja y pegajosa.

—Todo no —le dijo Lindy mirándola fijamente—. Tienes un poco en el pelo.

—Vaya, estupendo —murmuró Kris. Se pasó las manos por el pelo, pero no logró encontrar ningún trocito de chicle.

—Te la he vuelto a colar —dijo Lindy entre carcajadas—. ¡Es demasiado fácil!

—¿Por qué siempre eres tan mala conmigo? —se quejó Kris.

—¿Yo? ¿Mala? —Lindy alzó los ojos en una expresión de cándida inocencia—. Soy un angelito. Pregúntaselo a cualquiera.

Furiosa, Kris se giró hacia su madre, que estaba ordenando los calcetines en un cajón de la cómoda.

—Mamá, ¿cuándo voy a tener mi propia habitación?

—En el dos mil nunca —respondió la señora Powell con una sonrisa.

—Eso es lo que me dices siempre —gruñó Kris.

—Sabes que no nos sobra ni un palmo de espacio. —Su madre se encogió de hombros y se giró hacia la ventana del cuarto. Por las cortinas se colaban luminosos rayos de sol—. Es un día precioso. ¿Qué hacéis aquí dentro?

—Mamá, no somos niñas pequeñas —dijo Lindy con los ojos en blanco—. Tenemos doce años. Somos demasiado mayores para ir afuera a jugar.

—¿Me lo he quitado todo ya? —volvió a preguntar Kris. Seguía despegándose trocitos de chicle rosa de la barbilla.

—Déjatelo. Te mejora la cara —le dijo Lindy.

—Ojalá os llevarais mejor —suspiró la señora Powell.

De pronto oyeron un ladrido estridente que provenía del piso de abajo.

—¿Qué le pasa a Barky ahora? —se quejó la señora Powell. El pequeño terrier negro siempre ladraba por cualquier cosa—. ¿Por qué no lo sacáis a pasear?

—No me apetece —murmuró Lindy con la nariz enterrada en el libro.

—¿Y esas fantásticas bicicletas que os regalamos por vuestro cumpleaños? —dijo la señora Powell con las manos en la cadera—. Esas bicis que os moríais por tener. Sí, esas que no han salido del garaje desde que las tenéis.

—Vale, vale. No hace falta que te pongas irónica, mamá —dijo Lindy mientras cerraba el libro. Se levantó, se estiró y lanzó la novela sobre la cama.

—¿Quieres? —le preguntó Kris a Lindy.

—¿Que si quiero qué?

—Ir a dar una vuelta en bici. Podríamos ir hacia el patio del instituto, a ver si hay alguien.

—Tú lo que quieres es ver si está Robby —dijo Lindy con una mueca.

—¿Y qué? —le preguntó Kris, ruborizada.

—Id. Que os dé un poquito el aire —propuso la señora Powell—. Nos vemos luego, yo voy al súper.

Kris se miró en el espejo del armario. Ya casi se había quitado todo el chicle de encima. Se retocó su pelo corto con las dos manos.

—Vamos. Salgamos afuera —dijo—. Tonta la última. —Corrió hacia la puerta, con un paso de ventaja sobre su hermana.

Cuando salieron por la puerta trasera, con Barky ladrando alegremente detrás de ellas, el sol de media tarde brillaba alto en un cielo sin nubes. El ambiente era tranquilo y seco, más parecido al verano que a la primavera.

Las dos chicas llevaban pantaloncitos cortos y camisetas sin mangas. Lindy viró para abrir la puerta del garaje y entonces se detuvo. Se fijó en la casa de al lado.

—Mira, ya han levantado las paredes —le dijo a Kris, señalando más allá de su patio trasero.

—Están construyendo esa casa nueva muy rápido. Es increíble —comentó Kris al ver lo mismo que su hermana.

Los albañiles habían derrumbado la vieja casa durante el invierno. Pusieron los nuevos cimientos de hormigón en marzo. Lindy y Kris paseaban por allí cuando no había ningún trabajador, e intentaban adivinar dónde iría cada habitación. Y ahora ya se habían alzado las paredes. De pronto, las obras tenían el aspecto de una casa de verdad: se erigía entre tablones de madera, un montículo de tierra roja y marrón, una pila de bloques de cemento y un surtido de sierras eléctricas, herramientas y maquinaria.

—Hoy no hay nadie trabajando —dijo Lindy. Dieron varios pasos hasta acercarse a la casa.

—¿Quién crees que se mudará aquí? —se preguntó Kris—. Quizá algún chico guapo de nuestra edad. ¡Quizá un par de gemelos!

—¡Puaj! —Lindy hizo una mueca de asco—. ¿Gemelos? ¡Mira que llegas a ser cursi! Me cuesta creer que seamos de la misma familia.

Kris estaba acostumbrada al sarcasmo de Lindy. A las dos les gustaba y les disgustaba al mismo tiempo ser gemelas. Dado que lo compartían casi todo —el físico, la ropa, la habitación—, estaban más unidas que dos hermanas normales y corrientes.

Y precisamente porque se parecían tanto, una era capaz de volver loca a la otra sin apenas esfuerzo.

—No hay nadie por aquí. Vamos a echar un vistazo a la casa —dijo Lindy.

Kris la siguió por el patio. Una ardilla que se encontraba en el tronco de un arce las observaba con cautela. Pasaron a través de los arbustos bajos que dividían los dos patios. Después, anduvieron hasta dejar atrás los montones de madera y la montaña de tierra y subieron los escalones de la entrada.

Justo en el hueco donde se instalaría la puerta delantera habían puesto una lámina de plástico. Kris levantó uno de los extremos y las dos se colaron en el interior de la casa. Allí dentro estaba oscuro, hacía frío y olía a madera nueva. Las paredes de yeso se habían levantado ya, pero les faltaba la capa de pintura.

—Ojo —avisó Lindy—. Hay clavos. —Señaló los clavos largos que campaban por el suelo—. Si pisas uno, cogerás el tétanos y morirás.

—Ya te gustaría —dijo Kris.

—Yo no quiero que te mueras —respondió Lindy—. Solo que cojas el tétanos —rio.

—Ja, ja —dijo Kris, con sarcasmo—. Esto debe de ser el salón —meditó mientras caminaba con cuidado por la habitación principal y se acercaba a la chimenea que había en la pared del fondo.

—Un techo altísimo e inclinado —dijo Lindy mirando hacia los travesaños de madera oscura que se alzaban por encima de su cabeza—. Cómo mola.

—Es más grande que nuestro salón —puntualizó Kris. Miró por el gran ventanal hacia la calle.

—Qué bien huele —dijo Lindy antes de respirar hondo—. A serrín. Huele a pino.

Cruzaron el recibidor y exploraron la cocina.

—¿Habrá electricidad ya? —preguntó Kris al señalar hacia un racimo de cables negros que caían desde las vigas del techo.

—¿Por qué no tocas uno de los cables y lo comprobamos? —sugirió Lindy.

—Tú primera —respondió Kris.

—La cocina no es muy grande —comentó Lindy, agachada para observar los agujeros donde se colocarían los armaritos. Se levantó y estaba a punto de proponer que fueran al piso de arriba cuando oyó un ruido—. ¿Y eso? —Abrió los ojos, sorprendida—. ¿Hay alguien aquí?

Kris se quedó quieta en el centro de la cocina. Las dos escuchaban atentamente.

Silencio. Y entonces oyeron unos pasos rápidos y estrepitosos. Muy cerca. Dentro de la casa.

—¡Vámonos! —susurró Lindy.

Kris ya estaba pasando por debajo del plástico que cubría la puerta principal. Bajó los peldaños y empezó a correr hacia su patio. Lindy se detuvo junto a los escalones y se giró para observar la nueva casa.

—Anda, ¡mira! —gritó.

Una ardilla salió volando por una ventana lateral. Aterrizó en el suelo y empezó a mover

rápidamente sus cuatro patitas para dirigirse hacia el árbol que se alzaba en el patio de los Powell.

—Era una estúpida ardilla —rio Lindy.

—¿Estás segura? —dudó Kris, junto a los arbustos, mientras miraba fijamente hacia las ventanas de la casa—. Pues qué ardilla más ruidosa.

Cuando dejó de observar la casa se sorprendió al ver que Lindy había desaparecido.

—Eh, ¿dónde estás?

—Aquí —la llamó Lindy—. ¡Veo algo!

A Kris le costó unos instantes localizar a su hermana. Lindy estaba medio escondida detrás de un enorme contenedor negro, situado en el extremo más lejano del patio. Kris se puso una mano como visera sobre los ojos para ver mejor. Por lo visto, Lindy estaba rebuscando entre la basura.

—¿Qué has visto? —le gritó Kris.

Lindy estaba lanzando cosas al suelo y no la oyó.

—¿Que hay ahí? —le insistió Kris a gritos, dando unos pasos reacios en dirección al contenedor.

Lindy no respondió.

Y en ese momento cogió algo y lo levantó en el aire. Brazos y piernas que colgaban, inertes. Kris vio una cabeza de pelo castaño.

¿Una cabeza? ¿Brazos y piernas?

—¡Oh, no! —gritó Kris mientras se cubría la cara con las manos, horrorizada.